

D. ANDRÉS.—Pero ni el Ministro vuelve al Gabinete ni el opositor a la redacción de *El Herald*... ¿No es así, Marcelo?

MARCELO, *sonríe y asiente con la cabeza*.—Lo dicho.

D. ANDRÉS.—Y por ahora me voy a asomar al baccarat.

ANGELA.—Si juega, haga usted compañía con Luis, que va a hacer saltar la banca... Compensaciones... A falta de amor...

D. ANDRÉS.—Lo veremos ..

Se despide con una inclinación de cabeza y váse por el saloncito.

ESCENA XI

MARCELO y ANGELA

MARCELO, *con ademán de irse*.—Angela... buenas noches... con su permiso.

ANGELA.—Marcelo! No te vayas; quiero hablar contigo.

MARCELO.—¿Se te ofrece algo?

ANGELA, *aproximándose más a él*.—En verdad. Sí! saber qué hacías a solas con Luz, hace un rato?

MARCELO, *sonriendo irónicamente*.—Tranquilízate, Angela. Puedes estar segura de que no hablaba con ella de lo que se suele hablar con... otras mujeres.

ANGELA.—Eso lo dices por mí?

MARCELO.—Precisamente por tí, no.

ANGELA.—No te entiendo, Marcelo; si tan despreciable me juzgas, por qué me buscas?

MARCELO.—Bah! ahora no soy yo quien te busca... Me iba; tú me has detenido. Y si es porque todavía asisto a tus veladas, te lo voy a explicar y de seguro me darás la razón: me divierte mucho ver la seriedad con que tu marido habla de su felicidad conyugal...

ANGELA.—Pareces un cínico. Me haces el efecto de un ladrón que insultara a la autoridad.

MARCELO.—Quien se encuentra algo; lo recoge y está dispuesto a devolverlo, no es necesariamente un ladrón.

ANGELA, *enérgica*.—Convendrás en que a mí no me encuentraste al paso.

MARCELO.—Convengo en lo que tú quieras... pero déjame marcharme.

ANGELA.—No será mientras yo no sepa por tu boca qué hacías aquí con mi prima.

MARCELO, *impaciente*.—Me abrumas con tus celos ridículos!... Muy bien sabes lo que

aconteció a Luz esta noche... No ignoras que desde niños nos vemos como hermanos.

ANGELA.—Es que tengo mis motivos para sospechar que tu cariño para Luz es algo más que fraternal...

MARCELO, *indignado; pero sin alterar la voz*.—Qué te autoriza a tí para juzgar de ese modo a Luz, ni para juzgar de mis sentimientos y de mis actos?

ANGELA.—El haberme entregado por entero a tí.

MARCELO.—Eso mismo te priva de todo derecho de juzgar a nadie... Si aquí hubiera alguno, sería el mío, y ya sabes que en ninguna forma lo he ejercido.

Tiranzar es tanto como temer.

ANGELA.—A veces siento deseos de rebelarme .. de odiarte!

MARCELO.—Me es igual que me quieras o que me odies. Me siento capaz de perdonarte por tu amor y por tu odio.

ANGELA.—Desde cuándo te has vuelto tan generoso?

MARCELO.—Jamás dejé de serlo. Recuerda; alguna vez te lo dije: en amor prefiero dar sin recibir nada en pago, que transar a tanto por tanto... No obstante, tú te empeñaste en pagarme ..

ANGELA.—Creí en tu sinceridad.

MARCELO.—He sido y soy sincero, y por lo mismo no puedo falsificar mi naturaleza.

ANGELA.—Luego las versátiles, las pérfidas somos nosotras...

MARCELO.—Ven acá, Angela; siéntate aquí frente a mí---*ambos lo hacen*.—Veamos las cosas con calma y como en realidad son. La mayoría de los hombres deseamos a una mujer e idealizamos a otra. Si analizáramos a ésta, se esfumaría nuestro ideal; si poseyéramos a aquélla, moriría el deseo... Qué quieres, Angela, no podemos sustraernos a las ironías de la vida!

ANGELA.—Sin embargo, hay hombres que saben amar.

MARCELO.—Son muy raros: es tan difícil tropezar con una mujer que sea el vértice a donde convergen y se confunden nuestro deseo y nuestro ideal!

ANGELA, *en tono de reproche dulce*.—...Hace algunas semanas, no me hablabas así... Entonces eras ingenuo y apasionado... El hastío te ha enseñado mucho.

MARCELO.—Es posible; el cansancio suele ser un buen maestro... Oyeme: Antes de tu